

# DIÁLOGO CREATIVO ENTRE EL SILENCIO DE ORIENTE Y LA PALABRA DE OCCIDENTE

Berta Meneses

El punto de partida de un diálogo creativo entre el Silencio de Oriente y la Palabra de Occidente es un camino interactivo y creativo. Es decir, realizado desde el interior y cultivando una energía dinámica capaz de enriquecer a las partes implicadas en dicho diálogo.

Ser creativo implica, en primer lugar, la actitud de volverse hacia el otro. Esto no significa desdibujar las diferencias ni acentuar las similitudes, sino que conlleva volverse hacia el otro con total apertura, apoyándose con seguridad en el propio pie, que es la propia tradición religiosa. Se puede decir que el diálogo es un experimento para repensarse a uno mismo, para que cada una de las tradiciones que participan en él lleguen a un autoconocimiento más profundo de sí mismas y salgan del encuentro transformadas, con algo nuevo surgido del propio diálogo, algo que amplía la percepción de la realidad. Porque este diálogo lleva consigo acercarse al otro sin miedos, manteniendo una energía dinámica que nos libera, por un extremo, de caer en la absorción y, por el otro, en la indiferencia, para así producir una verdadera transformación con nuevas experiencias, comprensiones e incluso un nuevo lenguaje para expresarlas.

Según el filósofo estadounidense James W. Heisig, «El cristianismo mira a través de las lentes de la fe budista para dar una segunda mirada a la fe cristiana. El budismo mira a través de las lentes cristianas para mirar de nuevo la fe budista».

Esto comporta entrar en un diálogo interreligioso y creativo que permite que surjan cuestiones que han de ser tomadas con

seriedad. Pero solo un compromiso firme con la propia tradición es capaz de generar este tipo de diálogo creativo que ayude a transformar la religión de nuestros tiempos y que suponga una conversión por parte de cada una de las religiones involucradas.

Otra de las condiciones para que el diálogo sea creativo es que las religiones implicadas sean autocríticas y autorreflexivas aunque, bien es verdad, el diálogo no se realiza entre instituciones sino entre personas representativas de cada una de las tradiciones religiosas. En definitiva, el verdadero diálogo comporta ensanchar la fidelidad a nuestra religión más allá de sus límites.

Esto nos abre a una actitud de respeto o como expresó el teólogo barcelonés Raimon Panikkar: «Hemos de respetar los valores de todas las tradiciones, no deberíamos congelarlas, ni en sus procesos ni en sus puntos de partida». Y ahora más que nunca son necesarios el trabajo de interculturalidad y la crítica constructiva.

Así pues, voy a centrarme, por una parte, en el encuentro entre la cultura oriental, más concretamente en algunas prácticas espirituales dentro del budismo (zen, vipassana), y el camino de la mística cristiana, sabiendo que, tanto a nivel religioso como filosófico, este diálogo se ha realizado desde siempre de forma realmente enriquecedora y transformadora en el corazón de algunas personas.

Existen trabajos muy interesantes relacionados con el budismo zen y el pensamiento de algunos místicos cristianos. En este sentido, es especialmente importante la aportación de la llamada escuela de Kyoto, con Nishida y sus discípulos Nishitani y Tanabe; y, en la actualidad, Ueda Sisutero y Masao Abe; este último, sin duda, un pensador clave, dado su conocimiento profundo de la filosofía y la teología occidentales.

Asimismo, son de sumo interés las aportaciones hechas en el estudio y la práctica del budismo desde el cristianismo. En este ámbito, podemos destacar la obra de Henri Dumoulin y del padre Enomiya Lassalle, por citar solo algunos.

Por otra parte, creo que es de gran importancia para el siglo XXI la fecundación mutua entre el Silencio de Oriente y la Palabra de Occidente (entendiendo Oriente y Occidente, en palabras de Rai-

mon Panikkar, como realidades antropológicas, como los lados femenino y masculino del ser humano).

Este diálogo creativo va en la línea del pluralismo interactivo. Las identidades no están en la meta sino en el punto de partida de un camino interactivo, sin que ninguna de las partes tenga el monopolio del punto de llegada. También creo que la meta es un misterio único pero sus nombres son variados. El punto de llegada es una convergencia de caminos a la que se llega por muchas peregrinaciones. La realidad última es una pero las apariencias son varias. De una luz única brotan reflejos múltiples.

De ahí que es urgente, en el momento actual, potenciar los aspectos contemplativos que nos abren a un conocimiento más allá de los sentidos. Esta es la búsqueda de la sabiduría tal como la experimentan las tradiciones orientales, valorando al mismo tiempo la aportación que Occidente tiene respecto al compromiso de transformación del mundo en el que nos ha tocado vivir. A nosotros nos corresponde potenciar los medios que desarrollen una nueva percepción más global del ser humano, cultivando los diferentes niveles que nos configuran, desde el físico, el cuerpo, y los aspectos psíquicos, emocionales e intuitivos, hasta los niveles más sutiles y trascendentes.

## SILENCIO Y PALABRA

*Palpo aquí una presencia latente.*

*No sé lo que es.*

*Pero me brotan lágrimas de agradecimiento.*

SAGYO (s. XII)

La experiencia religiosa a la que apuntan todas las religiones requiere la dimensión contemplativa de la existencia humana, que Occidente ha intentado expresar a través de la Palabra y que Oriente acentúa a través del Silencio. Es preciso desvelar la visión profunda de la realidad, que penetra toda la existencia humana y traspasa hasta el misterio de lo infinito y eterno, no como algo remoto e inac-

cesible, sino como algo tangible. El espíritu de Oriente está abierto no solo al hombre y a la naturaleza en una comprensión intuitiva, sino también a ese poder oculto que penetra todo cuanto existe.

### **El Silencio en la tradición zen**

El silencio no es la supresión del sonido y de la palabra, sino la condición para la escucha, el origen y destino de la palabra misma.

El silencio es el camino para llegar a experimentar el verdadero Yo mismo de cada uno. En el silencio, el hombre descubre el SER; la quietud es ejercitada dentro del arte del recogimiento silencioso. La cultura del silencio ha sido sostenida y practicada por muchas civilizaciones antiguas y es característica primordial de la cultura oriental y del zen en particular.

El punto central de la vida de los monjes es el recogimiento silencioso. Pero «la sentada silenciosa» no solo se practica en los claustros. Es una práctica que forma parte de la vida y que es esencial para toda persona, ya que abre la posibilidad del encuentro con el propio ser, fuente de plenitud y felicidad.

Oriente nos enseña que el fondo primigenio de la vida, tan fácilmente acallado por nuestra pretendida lucidez, se manifiesta, ante todo, en el silencio. Según el maestro zen Suzuki, en el espíritu oriental «hay una especie de gran silencio, un algo de imperturbabilidad, como si se estuviera contemplando la eternidad. Ese silencio y calma no es ausencia de vida. Es más bien el silencio de esa matriz creadora o esa sima de la eternidad en la que todas las cosas están inmersas. El que entienda este silencio contemplativo como muerte o disolución, se quedará admirado, si realiza la experiencia, de la inaudita actividad que puede brotar del silencio». Toda verdadera palabra ha de haber nacido del silencio. Este silencio es también característico de toda la mística y de la práctica del zen. El silencio de lo insondable es un manantial siempre claro porque nos colma con una vida que está más allá de todas las ideas y conceptos y, por lo tanto, es inaccesible a los impactos continuados de imágenes, conceptos, dudas, interrogantes o ansiedades con las que vivimos.

Apenas hay nada que falte tanto al hombre occidental como el silencio, ni nada que se le haga tan difícil como su práctica. Somos

prisioneros del ruido, del estrépito del mundo y, más aún, del estrépito interior de nuestras mentes llenas de inquietudes, de nuestras represiones, de nuestros impulsos defraudados, pero, sobre todo, de la tensión en la que vivimos y que llega a afectar a nuestra intimidad, que queda cautiva por todo este bombardeo continuado. Nos dispersamos en multitud de cosas que nos aturden y perdemos lo UNO, lo único necesario, ya que uno de los motivos más evidentes de nuestra falta de felicidad es la ausencia de silencio. En el silencio anida una energía que nos posibilita el encuentro libre y profundo con nosotros mismos y con los demás.

La propuesta de este diálogo entre el Silencio de Oriente y la Palabra de Occidente apunta al silencio, la comunión en el silencio contemplativo, para que el misterio que penetra, envuelve y desborda todas las religiones nos conduzca a una espiritualidad más allá de todas ellas.

A veces se afirma que este pluralismo religioso puede llevar a un relativismo pero, como Suzuki, pienso, muy al contrario, que «es como un retablo, un mandala: pluralidad unificada», es decir, podemos unificar la pluralidad más diversa si el telón de fondo es el vacío y la nada.

El teólogo Juan Masiá Clavel explica que para Abe, filósofo japonés de la escuela de Kyoto, hay dos maneras de concebir lo absoluto que podrían considerarse como dos clases de nada absoluta diferentes: la noción cristiana de Dios y la noción budista de *sunyata* o vacío.

Estableciendo el puente entre el silencio y la palabra, y apuntando directamente al silencio dentro del zen, decimos que el zen es:

- una transmisión especial, al margen de toda doctrina;
- no se basa en palabras ni en erudición;
- apunta directamente al corazón del ser humano;
- y lo lleva al estado de despierto.

Esta posible definición del zen, atribuida a Bodhidharma, pone de manifiesto que el zen señala un camino más allá de las palabras y al margen de las doctrinas pero no por eso niega la en-

señanza de las escrituras. De esta manera nos invita a realizar la experiencia del silencio más radical, porque el énfasis está en el vacío inefable y en el silencio; incluso hablando, sería aquella palabra anterior a la voz. Es aprender a pensar, sentir y actuar no desde el yo limitado, sino desde ese vacío, desde ese Silencio que permite que Ello actúe, gracias a que el yo se ha retirado.

### **La Palabra cristiana**

Hablar de la Palabra en nuestra tradición cristiana es fundamental y, en el diálogo entre culturas, exige profundizar en el conocimiento de nuestra revelación y los diferentes matices que esta palabra tiene. También es necesario el respeto mutuo, que no es posible sin simpatía y sin amor. Todo esto nos lleva a la revalorización y acaso reinterpretación transformadora de una noción que en nuestra cultura occidental ha adquirido un lugar preponderante: la Palabra. Y esa revalorización puede servir, a su vez, como trampolín a la interculturalidad. Pero ha de ser la Palabra verdadera, la palabra que tiene raíz, que es consciente, que no es incompatible con el Logos, aunque no es reducible a él. Aunque el punto más importante en este diálogo estriba en que el cristianismo es una religión que se apoya en un relato particular (la historia de salvación del pueblo judío y la de Jesús de Nazaret), más que en la experiencia y el análisis de la condición humana universal y, por tanto, se trata de una religión en cuyo centro está la fe más que la experiencia humana directa.

La naturaleza de la revelación es dialógica y se define por la palabra y es la palabra la que introduce al hombre en la comunicación del amor divino. La fe de la Iglesia de los primeros tiempos, constituida sobre el testimonio apostólico, pronto se objetivó en la Escritura. En todos los tiempos, la Iglesia ha considerado los libros sagrados, la Biblia, como norma de la fe, con un carácter no comparable a otros escritos. La Escritura es considerada Palabra de Dios, testimonio de revelación cuya plenitud es Cristo.

Cristo es el culmen del hablar de Dios (así lo expresa el comienzo de la Carta a los hebreos). Se expresa una continuidad entre Antiguo Testamento y Nuevo Testamento. En Cristo se nos da una plenitud y una superación del Antiguo Testamento. La palabra fun-

damental se nos da en el Hijo. En Jesús se nos ha manifestado la intimidad de Dios y la obra de la salvación: «Después de haber hablado Dios a nuestros padres en el pasado muchas veces y de formas diversas en los profetas, en estos últimos tiempos nos ha hablado en su Hijo» (Heb 1,1).

Dios no solo quiso manifestarse por la creación sino que quiso entrar en relación inmediata con el hombre (alianza), estableciendo un diálogo con él a través del acontecer histórico. Es un encuentro personal, fruto de la iniciativa divina y tiene un carácter verbal y operante: la palabra anuncia e interpreta los hechos, porque es Dios mismo el que está actuando y haciéndose presente.

Por otra parte, la teología contemporánea sigue siendo, aunque no se limite solo a este aspecto, una teología del Logos, sobre todo del Verbo encarnado. Es una teología del Logos divino, de su identidad y de su relación con el Padre en el Espíritu. Así fue en la comunidad cristiana que surgió en la meditación profunda del misterio de Jesucristo y que se manifiesta en el evangelio de san Juan: «En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba en Dios, y la Palabra era Dios» (Jn 1,1). Esta palabra es decisiva respecto a la historia del hombre y del cosmos entero.

Misterio y Logos van juntos, y su relación los constituye a los dos. Si solo tenemos la lógica, se ahogaría el espíritu en el logos. Si solo fuese misterio, se reduciría el logos al espíritu. Podemos pensar que la forma de hablar del misterio, o del espíritu, es logos, es lenguaje. Cuando estamos intentando establecer este diálogo creativo entre la palabra y el silencio, percibimos la profunda interrelación entre la objetividad de la palabra y la subjetividad del silencio, o entre la mente y el corazón. Este diálogo nos abre las puertas al reencuentro entre el pensamiento racional y el espíritu.

La metafísica occidental es un logos que escucha y se interroga, y el espíritu oriental es vacío y silencio que se respira. Quizás la teología católica tendrá que revisar su exceso de lenguaje y de absolutizaciones dogmáticas y situar la teología negativa o apofática en un lugar relevante. También ha de tomar en serio el vacío y el silencio budista como camino de conocimiento y de sabiduría.